Corriendo estaciones

Corriendo estaciones

Era jueves santo. Yo, á imitación de los fieles católicos, decidí correr las estaciones. Solo que mis estaciones, no fueron esas que, cumpliendo religiosos preceptos y haciendo obstentación de joyas y galas, recorren los católicos en tal día; fueron otras: aquellas donde los rails se entrecruzan y los hombres trabajan; donde lás chimeneas chorrean agua y las frentes sudor.

Si ciertos políticos que solo se atreven á abordar de soslayo las cuestiones sociales, me hubiesen acompañado aquel jueves por el trayecto ferroviario que separa Alhama de Madrid, hubiesen comprendido que el proble-

ma obrero no admite dilaciones y compases de espera; que la injusta explotación de los trabajadores por los patronos necesita inmediato remedio; que las insurrecciones de abajo, cada día más frecuentes y más formidables, no podrán ser dominadas con los tricornios de la guardia civil y con los maüssers de la tropa, sinó con los respetos al derecho humano y con los artículos de una ley fraternal; que las reclamaciones de la miseria no hay que ahogarlas con torrentes de sangre; hay que oxigenarlas con aires de justicia.

Así pensaba yo, mientras iba el tren vía adelante, despidiendo reflejos metálicos al contacto del sol y resoplidos de humo por la chimenea de la máquina; así pensaba, contemplando desde la ventanilla, á cada curva que trazaba el camino, la silueta azul del maquinista ó la ennegrecida imagen del fogonero; así pensaba, cuando, al detenernos en las estaciones del tránsito, veía al conductor del tren y al guardafreno conversando con jefes, revisores y mozos, ó contemplaba los astrosos grupos de aldeanos, que, con las herramientas al hombro, y la miseria claramente acusadas en los girones de su ropa y en las lividéces de su carne subían á los coches de tercera y emprendían su viaje hacia la conquista del mendrugo.

Así pensaba yo, frente á aquellos símbolos del trabajo servil, del esfuerzo humano esclavizado por la codicia, de la necesidad explotada por el egoismo; mientras los ricos, los explotadores, los hartos, se arrodillaban ante un Dios, símbolo de fraternidad y justicia, para lucir, entre resplandores de cirios y nubes de incienso, galas, joyas y vanidades.....

No; no se le puede decir que espere, que tenga paciencia al conductor del tren, que, desempeñando ímprobas tareas y sujeto á enormes responsabilidades, tiene, como suprema aspiración la de percibir, cuando llegue á viejo, un sueldo de mil setecientas pesetas; la de disfrutar, si queda inútil, una limosna de tres reales diarios. No se puede decir que esperen al guardafreno que asoma su rostro por el ventanillo de la estrecha garita; al revisor que salta de estribo en estribo jugándose la vida contra tres pesetas; al jefe de estación que es, á un tiempo, en las de último órden, jefe, factor, telegrafista y mozo de equipajes; al maquinista que se tuesta en verano y se hiela en invierno, y arriesga su existencia en todo minuto; ni al guarda vía, ni al guarda agujas. A ellos no se les puede decir que tengan paciencia, que aguarden, con la juventud encarcelada, la madurez triste y la vejez hambrienta, á que los gobiernos resuel-

van el problema social; no se les puede decir que esperen cuando los potentados disfrutan y gozan y las grandes compañías se atracan de oro y sus consejeros – ex-ministros, personajes políticos en su casi totalidad – cobran siete mil pesetas al año.

No; á esos no puede decírseles que tengan paciencia y esperen; como no se le puede decir tampoco á los trabajadores del campo que desfallecen de hambre sobre las tierras que fecundan y á los obreros de la ciudad que convierten su sangre en oro util á las diversiones del patrono. Y no se les puede decir porque hace muchos siglos que tienen paciencia y aguardan; porque el sentimiento se ha convertido en odio, porque la razón anda más de prisa que la bala de un maüsser... y llega más lejos.

En todo esto pensaba yo cuando llegamos á la estación de Alhama.

***

Monté en el carruaje que debía transportarme á Piedra y comenzó este á subir la cuesta que á Piedra conduce. La máquina del tren, lanzando un pitido, vibrante como el toque guerrero de un clarín, arrastró va-

gones y vagones... Dentro de ellos iba empaquetado un ejército de seres hambrientos de justicia y de pan.

Con ellos se fué el intranquilo vivir social. Comenzaba para mí el vivir magestuoso de la Naturaleza.

Los montes alzaban á un lado y otro del camino sus crestas rojizas coronadas por los rayos del sol poniente; el aire, embalsamado con el áspero perfume de los tomillos y romeros, metíaseme en los pulmones como una caricia de salud; del cielo, gris claro, pendían nubecillas blancas que remedaban contornos desdibujados de mujeres y de hombres, de ángeles y de bestias; los bandos de perdices volaban en busca de reposo hacia las ensombrecidas cañadas; sonaban las campanillas de las mulas, mezclándose á las esquilas del ganado y á los cantares del gañan; una paz augusta descendía del infinito. La naturaleza preparaba su lecho disponiéndose á descansar, y la luna se asomaba á los balcones de la cordillera para verla dormir.

Así fuímos subiendo, subiendo entre un silencio triste, solo turbado por el pataleo de las caballerías y por los trinos de algún pájaro trasnochador; así caminábamos ya cinco cuartos de hora, cuando en una vuelta del camino surgió delante de mis ojos una ima-

gen extraña, que la indecisa luz del crepúsculo, hacía más extraña aún.

Era un montón de rocas bermejas que subían desde el fondo del valle con aspecto de fortaleza natural. En la cima de tales rocas distinguíase algo como unos agujeros irregulares por los cuales brotaban rayos luminosos. Parecía que el monte se había incendiado por dentro y que los resplandores del incendio asomaban entre las junturas de las peñas.

Eso parecía; y, no obstante, lo que yo consideraba monte incendiado, era Nuévalos, un pueblecillo de tan rara construcción, de casas, por tal modo identificadas con la roca que las sostiene, tan soldadas á ella, tan compenetradas con ella, que resulta difícil saber, contemplando el espectáculo que ofrece el pueblo, visto desde abajo, dónde acaba la piedra y dónde empieza la humanidad.

Subimos la cuesta; dirigí una postrera ojeada á Nuévalos, que visto desde arriba—desventajas de mirar desde arriba—parece un nacimiento de los baratos que se venden en la Plaza Mayor, y, á la media hora de camino, al remate de una pendiente encerrada por dos hileras de árboles, distinguí un trozo de muralla, una torre señorial de gallarda y fuerte arquitectura y un ancho portalón em-

potrado en un arco gótico. Estaba en el Monasterio de Piedra.

En el patio, á falta de Abad con señorío de de alta y baja justicia, me aguardaba Carlos Muntadas, amigo cariñoso y heredero presunto de esta maravilla terrestre.

Nos dimos un abrazo; echó el mozo delante de nosotros con las maletas, echamos nosotros detrás; recorrimos envueltos por una semi-sombra augusta, el espacioso claustro entre cuyos arcos repercutían nuestras pisadas; atravesamos la puerta de encina, repujada en cuero, subimos la escalera monumental, cruzamos un pasillo, abrieron una puertecilla de roble y me encontré dentro de mi celda.

Solo quedé en ella, acodado contra el ancho balcon de la galería é iluminado por la luz de la luna que derramaba por todos los rincones del valle su luz.

Cerca de mí sonaba la canción amorosa de los ruiseñores; lejos, el rumor imponente de las cascadas. Brillaban éstas, como chorros gigantescos de plata en fusión, sobre la mancha verde de hierbas y de árboles; el cielo de un azul purísimo se cubría poco á poco de estrellas; el perfume penetrante de las tierras, fecundadas por la primavera, subía hasta mí; sobre una roca se destacaba el

contorno blanco de una ermita; un pájaro nocturno lanzó un chillido agrio al pasar por frente del balcon y yo quedé inmóvil, llenando mi espíritu con las hermosas realidades de la noche, con las espléndidas promesas del amanecer.

El amanecer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El amanecer

La primera noche dormí mal. Me revolvía dentro de mi cama, inquieto, desasosegado. Mis ojos, de par en par abiertos, veían dibujarse entre las sombras de la celda, los arcos góticos del claustro, ostentando la bronceada pátina que siete siglos habían extendido sobre ellos. Por entre los arcos asomábanse anchos ventanales, arrojando contra las paredes una luz lechosa, cernida por los transparentes de mármol; la monumental escalera, la inmensa bóveda que la cubre, entrecruzada de graciosas aristas, se abocetaban en la obscuridad, y tras ellas aparecía la visión completa del Monasterio; la iglesia, con sus cru-

ceros medio hundidos; con sus pilares rotos, semejantes á monstruosos huesos fracturados; con sus vidrios de colores múltiples; con sus retablos medioevales. A continuación las puertas salpicadas de clavos; los muros cubiertos de hiedra; la torre señorial de puerta chata y rectangulares almenas y elegantes ojivas; los patios ruinosos, las crujías desiertas, los altares sin imágenes, las celdas sin monjes... el contorno material y moral de este gigantesco sepulcro.

Todo surgía de entre las tinieblas, todo pasaba por delante de mí, como una procesión de fantasmas que íban y venían confusamente, atropellándose, confundiéndose, superponiéndose, para acudir juntos á mi encuentro y girar en torno de mi lecho con obstinación invencible.

Tardé muchas horas en conciliar el sueño y, apenas lo había descabezado, cuando penetraron en mis oídos, haciéndome abrir los ojos otra vez, ecos suaves, dulcísimos, algo así como las notas de una flauta, preludiando en la lejanía un cantar melancólico... Aquellas notas producíalas un pajarillo piando junto á mis balcones. Acompañábale en su canto el rumor solemne de las cascadas, que, saltando bruscamente desde las peñas, se sumergían en el valle. Un rayo de luz tenue, muy tenue, penetraba por una rendija... Abrí por completo los ojos, estiré los brazos, salté de la cama, vestíme á tientas, empujé las vidrieras y me dí de cara con la aurora.

El cielo, pálido aún por el beso frío de la noche, tenía matices opalinos iguales á los del agua cuando se mezcla con unas gotas de aguardiente... Algunas estrellas lo esmaltaban aún; brillaba el lucero de la mañana como diamante de primorosísimas facetas, y hacia Oriente una línea color naranja, anunciaba la presencia del sol...

Abajo, en la tierra, adquirían forma y relieve las cosas, los objetos, los paisajes varios que yo había entrevisto á la luz de la luna. Al fondo se alzaban los montes salpicados, de trecho en trecho, por matas verdinegras y por rojizas desconchaduras; luego aparecía la muralla del Monasterio, trazando en el horizonte ángulos y curvas, interrumpidos á espacios iguales por cubos coronados de almenas; á continuación de ella venían los árboles, en cuyas ramas peleaban furiosamente las tonalidades grises del invierno y las verdes entonaciones de la primavera. Aquellos árboles, escalonados de peñote en peñote, asaltaban los ásperos declives de piedra hasta llegar al fondo del valle. La inmensa alfombra de violetas que el

valle tejió para el viajero se perdía bajo una bóveda de ramas.

Entre ramas y hojas, entre peñascos y entre hierbas, saltaba el río, sacudiendo su coriente loca, esmaltada de espuma. Río sin cauce, torrente en libertad, que por todo atropellaba y todo lo invadía formando aquí remansos pacíficos, allá, dormidos lagos, más lejos fuentes cristalinas, más cerca plañideros arroyos; en este lado vertiginosos remolinos, en aquel blancas cabelleras deshechas; suspirando en un sitio, rugiendo en otro; esparciéndose por todas partes á la vez, para reunirse sobre el borde amenazador de los abismos y precipitarse á ellos con brinco formidable, con bárbaro vértigo suicida, y rodar por el hueco de la cascada y romperse en polvo de plata contra las aristas del fondo, y detenerse un punto en él como aturdido por el golpe brutal, para seguir luego su marcha con caminar suave y resignada mansedumbre.

El valle se divisaba á trechos desde las naturales ventanas que abría ante mis ojos la espléndida vejetación. Veredas misteriosas, perdidas entre espinos y zarzas; peñas huecas, alcobas nupciales, á cuyo fondo obscuro servía la hierba de dosel y el césped de lecho; plazoletas alegres, que el río festejaba con el

murmurio de sus ondas; rampas cenizosas, que el musgo tenía encargo de vestir; promesas de algo muy grande, muy poético, que allá, en los bajos del paisaje, donde no podía llegar mi vista, aguardaba que descendiera yo para hacerme el don generoso de su hermosura!...

Sublime espectáculo que detuvo mi atención por completo, y del cual vino á sacarme un beso caliente de luz recibido en el rostro.

Al sentirlo alcé los ojos al espacio. Ya no era el cielo que ví entonces, el cielo color ópalo de antes; era un cielo azul, salpicado de nubecillas blancas; las estrellas habían desaparecido; el lucero de la mañana no mandaba á la tierra sus brillantísimos resplandores; la franja color naranja no existía; en su puesto mostrábase un inmenso abanico de rayos rojos, abriéndose sobre las crestas de la sierra. Era el sol que se desperezaba.

A su anuncio, los peñascos grises brillaron con reflejos de plomo; las bermejas desconchaduras remedaron manchas de sangre fresca; los tonos grises y los tonos verdes de los árboles acentuaron su vigor; hiedras, musgos, retamas, tomillos, todas las hierbas del campo, en fin, adquirieron brillo, alegría, poder; las ondas del río despidieron acerados destellos; las cascadas parecían, no caudales

de agua despeñándose desde un abismo, cortinas de tisú cayendo sobre un lecho de novios; los pájaros cruzaban el aire preludiando amores con gorjeos y trinos; las perdices comenzaban á requebrarse de peña en peña; un bando de palomas, luego de humedecer sus alas en las espumas del torrente, emprendió su vuelo camino del espacio azul, y el sol, surgiendo por encima de la montaña como victorioso sultán, hizo llegar hasta el fondo del valle los primeros rayos de su lumbre.

Por el claustro

Por el claustro

El paso de mi celda, inundada de sol, al claustro, cubierto de sombras, ha sido salto brusco desde un mediodía á un anochecer.

Las ventanas, puestas á gran distancia las unas de las otras, se encuentran á medio cerrar. La luz se descompone en los vidrios rayados y los filtra en menudísima lluvia gris, las bóvedas se desvanecen entre místicas nieblas que sudan frialdad; el pavimento suena á tumba falta de inquilino; las columnas amarillosas de los arcos se medio asoman por las desconchaduras del yeso que los cubre; parecen esqueletos arropados con sudarios rotos.

La abertura de una ventana me enseña un patio medioeval, un pedazo de la antigua abadía que olvidaron enterrar los siglos.

En su piso nace la hierba como trasquilada cabellera, los musgos amarillean en las paredes, supurando humedad; la luz tiene palideces fúnebres, el aire mortuoria quietud. Aquello es un cadáver que se pudre al sol...

Me separo de la ventana y sigo mi viaje por el claustro.

Un tragaluz abierto en la bóveda me cubre de resplandores áureos; la puerta, mal entornada, de una celda, trae á mis ojos el espectáculo de dos amantes que se acarician; las vidrieras del comedor transparentan una moza de mirar vivo y caderas anchas que recoge los manteles entonando la jota. El sol, el amor y la juventud se han reunido para cometer el delicioso sacrilegio de violar la clausura.

Al término de aquella galería se descubre la escalera monumental. Está dividida en dos brazos que descienden con majestuosa arrogancia al claustro inferior. Recibe la escalera claridades melancólicas de unos rosetones encristalados con láminas de jaspe; en los artesones alterna el cedro con el oro; en la ciclópea barandilla, el nogal con el hierro.

Una campana, la misma tal vez que llamaba frailes á la oración, avisa ahora para comer. Sus vibraciones van de arco en arco con ecos de sollozo...

El claustro bajo, frío, húmedo, construído con piedra gris, tiene las poéticas entonaciones de los días nublados. Una de sus galerías desemboca en la sala capitular, gallarda muestra de arquitectura gótica, que los últimos religiosos usufructuarios de la finca pintarrajearon de amarillo y azul.

Solemne, grave, alzando al espacio sus airosas columnas, empavesadas por los siglos, mostraríase antiguamente el ancho salón, provocando las oraciones del católico y el recogimiento del artista. Los últimos frailes, es decir, no los últimos—¡ojalá!—los que embrutecieron la España de Carlos IV y Fernando VII, los antecesores de las Comunidades que hormiguean en la España de Alfonso XIII, se dedicaron, como sus herederos, á mancharlo y á estropearlo todo, los edificios y las conciencias. Menos mal que unos y otras tienen remedio todavia; es cuestión de raspar un poco.

Sólo dos cosas se libraron de profanaciones estéticas en la sala capitular. La primera es un nicho, huérfano de imagen; sus calados no parecen hechos en la piedra con el marti-

llo, parecen tejidos á mano por una encajera de Bruselas. La segunda es una puertecilla donde la madera se ha vuelto carne para ofrecernos alegre procesión de niños con alas que se remontan á una nube.

El artífice, padre de tan deliciosa labor, debía sentir más hondamente las impresiones de la Naturaleza que las del ascetismo. Los ángeles de la puertecilla no son creaciones extraterrenas, espíritus á quienes la carne sirve de pretexto para estar en el mundo; no son figuras tenues, transparentes, casi intangibles, que asoman por entre alas enormes, cabecitas escuálidas, de ojos estáticos y labios sin relieve; son cuerpos robustos, redondeados, en los cuales hace roscas la carne, caras gordinflonas, alegradas por hoyuelos que dibuja la risa; niños *de verdad*, que repugnan sus alas minúsculas, vergonzantemente escondidas entre las musculosidades del omóplato. No son ellos criaturas celestes; engendradas por la fantasía de un místico, son hijos de mujeres y de hombres, engendrados con besos de amor...

Paso de largo por el refectorio y sigo recorriendo el claustro, hasta que doblo uno de sus ángulos con objeto de salir al patio exterior.

En las proximidades de éste, el claustro se

angosta, la piedra se vuelve más obscura, la bóveda más sombría; más opaca la luz.

Resto único de la fábrica primitiva, aquella galería tiene imponente y austera sencillez. Con más apariencias de fortaleza que de convento, recuerda, por sus robustísimos sillares, por la puerta de hierro que la defiende, por los garfios que salen del muro en actitud de garras, los antiguos abades que se ponían la armadura debajo del hábito, la espada en el cordón de la Orden, el capacete de hierro sobre la capucha y la homicida lanza en la mano de echar bendiciones.

¡Tiempos felices para aquellos santos religiosos! Tiempos en que el abad tenía señorío de alta y baja justicia sobre sus feligreses, y podía colgar y colgaba á sus vasallos de una encina á poco que éstos molestasen á las alimañas del bosque ó á los peces del río. Hoy el bosque, libre de colgajos humanos, trae hasta mí el murmullo sordo de sus ramas acariciadas por el viento; también el río trae hasta mí el rumor alegre de sus ondas limpias de sangre.

El patio exterior es un ancho corral ocupado por un hotel, por cuatro ó cinco casas donde viven el telegrafista, el administrador y los guardias civiles custodios de aquel término, y por las ruinas de la iglesia sobre cu-

ya portada se yerguen las estátuas de Jaime y Pedro I de Aragón. Los chiquillos de Piedra que toman de blanco á los monarcas aragoneses, han conseguido dejar tuerto al primero y chato al segundo.

Entrar en la iglesia es hacer profesión de difunto. Los muros agrietados crujen, las bóvedas se desencuadernan; los pilares vacilan, el suelo se abre bajo los pies. Altares desnudos sirven de casa á los reptiles; nichos sin imágenes, de nido á las aves nocturnas. Sobre el altar mayor se descubre una repisa de jaspe, encima de ella hay una especie de cajón con molduras doradas; la cara más visible de este cajón está constituída por dos puertecillas doradas también y desprendidas de sus goznes. Era el tabernáculo. Un rayo de sol, cernido por las vidrieras de colores, viene á iluminarlo, y un lagarto aprovecha el rayo de sol y la repisa del tabernáculo para convertirse dentro de él en un ídolo de esmeralda.

A riesgo de que la bóveda se desplome contra mi cabeza, tomo asiento junto á una tumba adornada por la escultura yacente de un noble. Allí permanezco quieto, mudo, sin pensar en nada, con los ojos abiertos de par en par y el cerebro dormido.

Y transcurre el tiempo, y los muros agrietados siguen crujiendo sordamente, y el aire choca con dejos de suspiro contra las bóvedas cuarteadas, y los reptiles entran y salen libremente por las rajas de los altares sin vestir, y las aves nocturnas aguardan el crepúsculo en los nichos faltos de imágenes; y el lagarto, el ídolo de esmeralda que substituye al símbolo católico en el tabernáculo, me contempla con sus ojillos vivos y tenaces, mientras el noble de piedra, el antiguo defensor de todo aquel mundo en pudridero, oprime con sus dos manos faltas de calor el inútil mandoble...

El río de los muertos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El río de los muertos

Emprendí el camino con profunda tristeza. Los detalles de la muerte de *Fernanflor*, los elogios que todos los periódicos madrileños dedicaban al escritor difunto, habían conmovido mi alma, ya dolorida por el anuncio primero de aquella desgracia.

Horas antes de tomar el tren que me condujo á este Monasterio, estuve conversando con Isidoro Fernández Flórez, en la calle del Turco, á pocos pasos de *El Liberal*, del periódico fundado por él.

El periodista insigne llevaba dentro de su espíritu, el espíritu de su siglo, el conocimiento exacto de la justicia en que se inspi-

33318

ran las grandes revindicaciones sociales; y esos anhelos de justicia, esas ansias de revindicación humana, que sólo podían expresarse, antes de él, en diarios de muy reducida publicidad, hallaron por virtud suya, puerta franca y tribuna libre, en un periódico de gran circulación.

Téngase esto en cuenta; y cuando se evoque el recuerdo de Fernanflor para aplaudir al escritor político, al cronista ingenioso, al padre de *El Catedrático* y *La noche buena de Periquín*, apláudase también al hombre que, respetando todos los intereses y todos los recelos de las clases altas, supo defender y patrocinar todas las esperanzas y todos los derechos de las clases humildes.

Pensando en él recorría yo senderos y atravesaba subterráneos y subía escaleras y escalaba rocas, siguiendo los extraños dibujos que sobre peñascos y matorrales, entre árboles y céspedes, traza la corriente del Piedra.

También anduvo Fernández Flórez por las márgenes de este río, al que con justicia puede llamarse río de los muertos, porque á cada paso evoca el recuerdo de un gran poeta, de un filósofo insigne, de un pintor ilustre, de un orador extraordinario, de un dramaturgo excepcional, que pudren ya en el interior de una tumba la carne y los huesos que sirvieron de estuche á sus inmortales ideas.

Todos ellos bordearon el Piedra; todos escogieron en sus márgenes, sitio adecuado á la estructura intelectual de sus personas.

Allí, junto á aquella fuente, siempre cristalina, merced á un filtro natural que cierra el paso y detiene en su marcha á las arenas rojas arrastradas por las grandes turbias; fuente cuyo chorro cae recto y firme sobre una roca que con su persistencia horada, tomaba asiento Pí y Margall, el hombre constante, enérgico, sereno, de conciencia nunca enturbiada por la ambición ó por el egoismo. Más lejos, al volver de un recodo, hay un banco á los pies del cual se extiende ancha plazoleta donde las violetas forman tapíz y los árboles bóveda, por entre los claros de la bóveda se descubren girones de cielo; á la izquierda sacude el río sus espumas de plata, contra negros peñotes; allí escribía Campoamor sus poemas, mezcla sublime de dulcísimas nimiedades y de pensamientos profundos, de elegantes y epigramáticas ironías, que dejan asomar, bellas siempre pero hechas pedazos siempre también, las humanas creencias; de alegres y blancas esperanzas que concluyen por estrellarse contra sombríos desengaños. Más lejos aún, á distancia igual de dos cascadas, una que cae á plomo

en un cerco de rocas semejante á un antro infernal y otra que se deshace en hebras de purísima nieve sobre un tapíz de musgo; frente á un bosque que el río atraviesa dibujando primores de espuma, está la silla de Carlos Hües, el sitio donde el gran paisajista extendía sus lienzos y presentaba batalla á la Naturaleza.

Y sigue la marcha del río; y continúa el desfile de los grandes muertos.

Al pie de un torrente que se precipita soberbio por un derrumbadero de antipática hechura, álzase una roca color de sangre, inclinándose hacia el abismo, mal segura sobre su cimiento, amenazando caer al fondo del valle y aplastar con su caída árboles y personas. En tal roca solía buscar descanso Cánovas, el hombre que aplastó con su política funesta, nuestro poderío colonial.

En la parte baja de la sierra, junto á una torrecilla gótica descúbrese un montón de peñas erizadas de zarzas y rosales silvestres. Un sendero, bordeado por lirios y azucenas, conduce á un lago de aguas mansas, transparantes, verdosas; en su fondo debe residir alguna ondina que al llegar la noche asoma por entre las ondas su frente virgen para recibir el beso de la luna. Allí descansaba Zorrilla.

Cerca de este sitio y separado de él por un pedazo de montaña, vése un rincón húmedo donde los juncos balancean sus tallos y maduran los nogales sus frutos y el musgo festona las piedras; varios poyos de granito se agrupan en torno de una fuente; en su taza lavan las mujeres sus ropas; en su chorro llenan cántaros y botijos en aquel poético rincón estudiaba Plasencia. Saliendo del rincón aquel tropiézase el paseante con una cortadura, especie de montaña construída por la Naturaleza para enseñar el valle entero. Tal vez á los bordes de esa cortadura ha sacudido Ayala su melena de león africano, meditando las peripecias de *Consuelo* y ha entornado Tamayo sus ojillos vivos y penetrantes para ver con absoluta claridad las vigorosas escenas de sus dramas.

Por fin, río abajo, siempre río abajo, se llega á un punto donde las aguas, acrecidas en su velocidad se amontonan y se detienen un instante para caer después formando imponente cascada.

Esta cascada se desploma de cincuenta metros de altitud, cubriendo una gruta en la portada de la cual remeda el granito seres enormes, angelotes desdibujados, aves monstruosas, torsos gigantescos, formidables mandíbulas entreabiertas, contornos titánicos de

mujeres y de hombres... Allí ruge el agua como una fiera y los pájaros cantan como un coro de querubines; la espuma se deshace en nieblas arcoiris; los árboles son más enérgicos de color, más fuertes de tronco; las violetas se multiplican, ayudadas por la frescura de la perpétua sombra; las bandas de palomas alegran el espacio con sus aleteos; el cielo tiene más transpariencia en su azul y el sol refleja como un joyel de oro sobre el arranque cristalino del salto.

Ese sitio, el más grandioso de cuanto Piedra encierra en sus límites, era el sitio de Castelar, del orador más grande del mundo, del que ha llevado á su oratoria todos los tonos y la ha esmaltado con todos los matices, desde el matíz suave de los idilios juveniles, hasta el matíz brútal de las visiones apocalípticas...

Y sigue el desfile de los muertos ilustres, de los representantes de una generación próxima á desaparecer, y sigue el río su camino, juguetón y alegre al entrar en la sierra, esperanzado y animoso al extenderse por los infinitos cáuces abiertos ante él; enérgico al reunirse en el borde de las cascadas, formidable y revuelto al lanzarse contra el abismo, bravío y jadeante al retorcerse en el espumoso tazón, humilde, manso y perezoso

cuando lo abandona y se dirige por cáuces áridos en busca del mar.

Así son las generaciones: alegres y juguetonas en su infancia; esperanzadas en su mocedad; ansiosas de lucha al encontrarse llenas de juventud enfrente de la vida; enérgicas y valerosas al lanzarse á la lucha; presas de vértigos conquistadores al revolverse en ella hasta que, rendidas, deshechas, siguen su viaje sin poder y sin ilusiones para hundirse en el insaciable mar de la muerte...